

El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8665

DIARIO DE LA NOCHE.

TELÉFONO NÚM. 58

PRECIO DE SUSCRICION.

CONDICIONES

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24.

Martes 16 Septiembre 1890.

NAVARRO

19, ISAAC PERAL, 19.

Gran surtido de relojes de bolsillo de oro, plata, níquel y acero. Variedad de los de mesa, pared y despertadores. Excelente taller de composturas. Cadenas, colgantes y diges.



EXACTITUD Y ECONOMIA.

CUESTIONES HIGIÉNICAS.

Nada tan sencillo como apuntar los males de que adolece un pueblo; nada, sin embargo, tan difícil como el encontrar remedio á ellos.

Sean aquellos de la importancia que fueren; revistan, ó no, gravedad suma, todo pasa como desapercibido para aquellos que tienen el ineludible deber de evitarlos ó corregirlos.

Infructuosa resulta la labor, cuando los ojos se cierran á la luz de la verdad y los oídos se tapan por voluntad propia.

De nada sirve el incansante clamoreo de la opinión pública, si los que deben velar por la salubridad de un pueblo, le acogen con desden ó indiferencia.

Dada la voz de alarma, los pueblos, con más ó menos entusiasmo, de peor ó mejor voluntad y á las veces por el qué dirán, aparecen como contagiados del vértigo sanitario y se reúnen las Juntas de Sanidad, se habla y se discute y se acuerda lo de siempre: «visitas domiciliarias, cartilla sanitaria» para repartirla gratis y sitio donde ha de establecerse el «Hospital de coléricos.»

1.º «Las visitas domiciliarias» no llenan nunca su completo objetivo por razones varias.

Practicarse estas con inusitado afán los primeros días; á muy poco viene la calma, después el cansancio y luego la fatiga.

Al efectuarlas se tropieza con la resistencia pasiva que los vecinos oponen, con las deficiencias higiénicas de construcción de los edificios, y lo que es más grave y parece increíble, con las ocultaciones de depósitos y materias insalubres.

Si á esto se agrega la benignidad en el castigo, ó inmundicia de los contraventores de las ordenanzas municipales, hay que convenir en que, las visitas domiciliarias, si no estériles por completo, resultan muy deficientes.

Si esas ordenanzas municipales no fuesen letra muerta para los que tienen el deber de cumplirlas y hacerlas cumplir, ni andaríamos tan de prisa en momentos angustiosos, ni seríamos tan castigados, no ya del cólera, sino de otras epidemias, de nombre menos pavoroso, que tenemos con frecuencia entre nosotros y que miradas con cierta indiferencia, dan á la estadística terrible cifra de mortalidad.

2.º «Las cartillas sanitarias.»—En las poblaciones donde se prodigan al público, sirven los días siguientes á su aparición, de espanto para unos, de entretenimiento para otros y de unas cuantas hojas más de envolver para algunos, siendo los medios aquellos que, concedores del laudable fin que con ellas se persigue; observan cuidadosamente las precauciones y reglas higiénicas que en ellas se designan.

3.º Local destinado á Hospital de coléricos.—Juntas de Sanidad ha habido, que,

aun declarado oficialmente el cólera en un pueblo, han discutido cuatro ó seis días, en sesiones casi permanentes, el punto donde debiera emplazarse aquel, el local que debería elegirse, las condiciones que había de reunir, etc., etc. Discursos más ó menos científicos y sonoros, pero inoportunos, rasgos más ó menos verídicos de heroicidad, desinterés y abnegación á los que suelen acompañar en ocasiones el egoísmo ó interés particular.

Resueltas al fin las dificultades y aunadas aparentemente las opiniones, ocurre en la mayoría de casos que se elige un local viejo abandonado largos años á las inclemencias del tiempo, ruinoso tal vez y legendario receptor de cuantos focos epidémicos se conocieron en la población. O se resuelve el problema, construyendo barracones, que adolecen de tanto y tanto defecto, que pudiera decirse son activos ayudantes de la epidemia.

Hemos querido en las líneas que preceden, patentizar lisa y llanamente, quizá con cierta desnudez, las deficiencias que, en épocas críticas, cuando los pueblos necesitan medidas rápidas, enérgicas y de resultado positivo, se tocan por la improvisación y punible abandono en que vivimos.

¿Es que hay falta de pericia y buenos deseos de parte de los en que estas urgentes medidas y asuntos intervienen? De ningún modo: con rarísimas excepciones, todos y cada uno aportan á tan vital asunto cuanto pueden. No es eso, no. Es que nadie se acuerda de Santa Bárbara hasta que truena; es que los municipios y el vecindario viven en la mayor de las indiferencias en lo que á cuestiones higiénicas se refiere; es que aquello que debería hacerse, como ser vicio diario y corriente en todas las épocas, solo se ejecuta en los momentos críticos, en los que ni el tiempo es suficiente, ni las medidas por enérgicas que sean, pueden tener la virtualidad apetecida.

Es que vivimos como en el mejor de los mundos, rodeados de focos de infección permanentes, sin que nadie se acuerda de ellos ni tenga en cuenta que son elementos abonadísimos para hacer terribles los estragos de una epidemia é inútiles los mayores esfuerzos.

¿Es posible salir de este indiferentismo, á que por desdicha venimos habituados?

Lo juzgamos difícil, pero no imposible.

Para su consecución tan sólo hacen falta: propósito enérgico de los que mandan, apoyo decisivo de los demás, y mucha voluntad de parte de todos para el bien de todos.

J. R. A.

CORREO DE SEÑORAS

Inventos debidos al bello sexo

Muchos son y muy útiles los inventos debidos á la poderosa inventiva de las mujeres.

La invención de un cochecito para niños valió á una mujer de California más de 50.000 pesos, según dice *El Industrial World*.

A la señora doña Catalina Graña, viuda de uno de los mejores oficiales de Washington, se debió el haber inventado la máquina de desmontar el algodón, que es una de aquellas invenciones distintivamente

americanas, cuyo valor é importancia han sido reconocidos en el mundo industrial.

Una máquina de hacer herraduras completas fue invención de una mujer, y lo mismo se puede decir de la segadora y guadañadora, cuyo plan se le ocurrió á la señora Manning, de Plainfield (Nueva Jersey), á quien hay que atribuir también una limpiadora de lucerna.

Esa señora parece haber estimulado el genio de invención de sus vecinas, pues á los pocos años de sacar el privilegio por su segadora y guadañadora, la señora Smith, del mismo Estado, sacó privilegio por el perfeccionamiento del aparato, que consistía en el cambio de las cortadoras sin parar las ruedas.

Una de las máquinas más complicadas que se conocen es la de hacer sacos de papel con el fondo reforzado. Es tan curiosamente ingeniosa, que pasa de la comprensión ordinaria como sus detalles pudieron ocurrírsele á ningún cerebro humano. Fue, sin embargo ideado por mis Maggie Knight, que por estas y otras invenciones análogas realizó una gran fortuna.

Una señora de Nueva York, que había sufrido el destrozo de un costoso traje por una máquina defectuosa de limpiar las calles, ideó y sacó patente por otra de gran mérito y utilidad.

La invención más notable de todas es la de la señora Walton para amortiguar el sonido de las ruedas de los vagones del ferrocarril. Vivía esta señora cerca del ferrocarril elevado de Nueva York, y sufrió mucho por el ruido atronador de los trenes al pasar cerca de su domicilio. Los más notables ingenieros mecánicos se habían dedicado al problema sin dar con la solución, cuando he aquí que el talento de una mujer los sobrepujo á todos y dió con la clave del enigma. Su invención, que tuvo un éxito completo se aplicó á los caminos de hierro elevados, y hoy día esta señora está cosechando los resultados de su feliz inspiración.

Pensamientos.

Todo exceso de placer está compensado por una suma igual de pena y tristeza. No se consume impunemente en un año una parte de la renta del año siguiente.

Swift.

La calumnia es como la moneda falsa; muchas personas no quieren haberla emitido, la hacen circular sin escrúpulo.

La condesa Diana.

La holganza es como el moho; consume más que el trabajo.

M. P.

La flor más grande.

Leemos en *El Imparcial* de Guatemala:

«En el Centro América es donde se produce la flor más grande del mundo.

Dicha flor que es de tamaño colosal, y que nace en las montañas de Nicaragua, se llama *loodivina*, y tiene un diámetro de 90 centímetros, es decir, casi una vara.»

De manera que bien podría servir de paraguas.

Coronela.

La emperatriz de Alemania ha sido

nombrada jefe honorario del regimiento de Scheleswigholstein.

Receta de la semana.

Panecillos ó sopladitos.—Se toman cuatro onzas de almendras mondadas, se machacan bien en un mortero con una clara de huevo, añadiendo á intervalos hasta cuatro onzas de azúcar de lustre; hecho esto, se pasa esta pasta sobre la amasadora, y se amasa con azúcar tamizada hasta que queda muy consistente, la que se aromatiza con esencia de limón; después se aplana del grueso que se quiere, y con un sacabocado se cortan los panecillos los que se colocan sobre planchas untadas ligeramente, y se meten á cocer en un horno templado.

PICCIOLA.

EL LAPIZ IGNEO

Es un invento que puede tener muy útiles aplicaciones.

Sabido es que para evitar los funestos efectos de la mordedura de perros hidrófobos y de ciertos animales venenosos, no se ha encontrado hasta ahora otro medio que la cauterización; pero ésta no siempre puede emplearse con la premura que el caso requiere. Preparar un hierro candente es operación que exige bastante tiempo, y esto aun teniendo á mano el hierro y fuego encendido.

La cauterización por medio del amoniaco, el agua fuerte y hasta el nitrato de plata no es de resultado seguro, y por lo tanto, era indispensable buscar un objeto portátil que adquiriese con rapidez, casi en un instante la temperatura necesaria para cauterizar con la intensidad conveniente. El doctor Moser ha resuelto este problema de una manera muy sencilla.

El lápiz fuego ó el lápiz igneo que acaba de descubrir es un lápiz de un carbón especial que se inflama por medio de un fósforo. Este carbón llega á la temperatura del rojo blanco en el solo tiempo indispensable para lavar la herida y extraer la sangre viciada por medio de la presión de las venas ó de la aplicación de ventosas.

En cuanto ha adquirido esa temperatura, se aplica rápidamente á la herida y la cauterización se efectúa en un instante sin que el paciente perciba más de una impresión pasajera de quemadura; pero es tan rápida la operación que apenas hay tiempo de sentir el dolor.

El lápiz igneo va montado en un mango hueco de madera ó metal, en el cual pueden colocarse los fósforos, y se cubre con un caputo de madera, formando el todo un volumen igual al de un lápiz ordinario, que puede llevarse en la cartera ó en el bolsillo del chaleco.

He aquí cómo explica el Dr. Moser el empleo del lápiz igneo:

Tratamiento.—Los primeros cuidados han de ser rápidos y enérgicos. Si la herida está en un miembro, se aplicará un poco más arriba de ella una ligadura bien apretada.

Se hará salir sangre de la herida por medio de la presión, abridola y hándese desbridada; se lavará con cualquier líquido que se tenga á mano, y cuando sea posible se le aplicará una ventosa. Durante este tiempo, y á falta de hierro candente, se encenderá el lápiz con un fósforo, de que estará siempre provisto el aparato, y se quemarán tan profundamente como sea posible y repetidas veces si se considera útil, todas las partes dañadas.